

GACETA DEL ÁNGEL El calor de León

GERMÁN DEHESA



El título que acabas de leer, lector querido, tiene una doble significación. Por una parte, se refiere a la brutal temperatura que reina en la villa del zapato. Ustedes y yo sabemos de ese sol implacable que se deja caer sobre el amplio comal del Bajío. Encima del comal estamos nosotros que brincamos cual chapulines en proceso de fritura.

Un poco antes de las dos de la tarde, aterrizamos en León. La pista de aterrizaje tenía por encima ese tembloroso fantasma que indica calor en grado sumo. Yo creo que sólo los nacidos en Mexicali podrían bajar alegremente del avión. Yo me atoraba en el umbral pensando si sería correcto descender a los infiernos. Sin embargo, los que todavía no bajaban y que tenían la inexplicable y masoquista urgencia de tocar tierra comenzaron a presionarme en tono cada vez más subido. Respiré hondo, me encomendé a San Charbel y descendí la escalera. ¡Asumadre!, no saben lo que era eso y no saben lo que es que el calor no afloje y se mantenga con variantes hacia arriba. Esta es la primera acepción del calor tal como quise enunciarlo.

La segunda significación es quizá la más importante. Con ella me refiero a la calidez de los leoneses. Saludé a muchas personas y todas ellas fueron amistosas y cerca-

nas. Si a alguno de los mil y pico que asistieron al auditorio, mi presencia le resultó un coágulo al cerebro, no me lo hizo saber. En cambio, los que disfrutaron reflexionar conmigo acerca de los infectos partidos y de la participación ciudadana, me consta que algo aprendieron y mucho se divertieron. Todo esto ocurrió como ya dije, en la hospitalaria Universidad La Salle. Enfatizo este dato porque ahí, minutos antes de lanzarme a la palestra, apareció una mujer conducida por un ujier que dijo: ¿puede pasar al camerino?, dice que es su prima. La miré, la recordé de inmediato y por arte de amorosa magia ya no estaba yo en León, sino en el Parque Hundido donde tuve un diálogo trascendental con esta chica. Ella me llevó como regalo de Navidad, una muy interesante versión de la cuarta sinfonía de Beethoven. Yo en cambio, le ofrecí matrimonio (como si eso fuera un regalazo). Ella me dijo que sí, pero siempre y cuando nos casáramos en el Templo Expiatorio de la ciudad de León donde habitaba con toda su familia (que seguramente era de asbesto). ¡Val!, le dije para que no se me fuera a bajar el pastel. El problema, me dijo ella, es que todavía no terminan el Templo, pero ya van muy adelantados. Y si no, le dije, nos casamos en la Pirámide del Sol que ya está terminada. El pésimo u óptimo arreglo fue que nos casáramos en León en cuanto terminaran ese bodocón expiatorio. Desde entonces y hasta la fecha, no la volví a ver, aunque el Parque Hundido ahí seguía. "Dice que es su prima". ¡No es cierto!, es mi pretensa perdida y

hallada en el Templo. Creo que ella también estaba contenta de verme. ¿Ya terminaron el Templo Expiatorio?. No, pero ya permiten celebrar bodas. ¿Y qué esperamos? (ella me volvió a encantar como hace más de 40 años cuando la vi por primera vez). No puedo, tengo compromisos. ¡Me vale!, te divorcias como la bala y a tus bodoques los hacemos franeleros allá en la Capital, porque te advierto: vamos a vivir en el DF, aquí cualquier noche de pasión nos incendiamos. En ese momento, me llamaron para comenzar la charla, ella se fue, pero en algún momento la pude ver entre el público; después desapareció. Como lo oyen. Ya no estaba.

Todo esto y mucho más me pasó en León, Guanajuato. Fue un viaje luminoso cuya reseña aun no termina. Por lo pronto, me voy al estadio a hinchar por los Pumas hasta agotar existencias. Quedad en el amor, lectores queridos: HOY TOCA.

¿QUÉ TAL DURMIÓ?

MDLXI (1561)

Si no es usted Alcalde de Michoacán, imagino que habrá dormido bien.

Cualquier correspondencia con esta cálida columna, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

